

Concluyo esta nota, repitiendo frase escrita en anterior oportunidad. Decía que nuestro pasado requiere, decenas de estudios monográficos, llevados a cabo con la seriedad de investigación, justeza de criterio y buen ordenamiento estructural como el que hallamos en la *Historia de los Bancos*, del Dr. Camprubí. Esfuerzos análogos urgen, desde muchos ángulos para que así nuestro ayer aflore con su volumen y propias dimensiones y sean cabales y no engañosas o desdibujadas las etapas que nos han precedido, a las que cubre desdeñosa ignorancia.

M. M. P. S.

TELLO, JULIO C., *Paracas*.— Primera parte. Lima, Empresa Gráfica T. Scheuch, S. A., 1959. 4 h. (incl. front. col.), 307 p. (incl. xciii láms. col. y 45 en negro), mapa pl. fuera de texto.

Cuarenta años consagró Julio C. Tello al estudio de la arqueología peruana, y en una copiosa serie de libretas estampó sus notas acerca de viejos pueblos y ruinas, llanos y quebradas, valles y ásperas punas. Con impaciencia y avidez efectuó las sucesivas etapas de un vasto plan de exploraciones, y compiló tan rico acervo de hechos y observaciones que su conocimiento sobre las desaparecidas culturas fué igualmente apreciado por su profundidad y su extensión. Pero sus exigentes búsquedas lo conducían a descubrimientos y comprobaciones que, a su vez, le hacían concebir nuevas perspectivas de trabajo. En consecuencia, estimaba que era necesario intensificar la investigación arqueológica, para dar base cierta al conocimiento de las viejas culturas peruanas y superar las explicaciones hipotéticas acerca de sus orígenes, o los asertos inconsistentes en torno a su desarrollo. Y aunque vertió los resultados de su esfuerzo en algunos estudios magistrales, no logró dar cima a la exposición de sus felices hallazgos en sitios que tuvo la fortuna de descubrir, o sólo ofreció anticipaciones de las monografías que al respecto proyectó.

Lo dicho reza especialmente en cuanto atañe a la rica cultura de Paracas, cuya necrópolis descubrió Julio C. Tello en julio de 1925, durante un breve viaje efectuado en compañía de Samuel K. Lothrop. Y según ha referido éste (en *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología*: vol II, N° 1, pp. 53-54; Lima, 1948), se hallaba en Lima después de haber concluido un programa de excavaciones en Argentina, presentóse ante el arqueólogo peruano con el deseo de emplear los fondos de que aún disponía en la exploración que le propusiere, y juntos salieron el 23 de julio cuando aún no había despuntado el alba. Pasaron por Pachacamac y Chilca; pernoctaron en la hacienda "Unánue" para visitar al día siguiente las ruinas de Cerro Azul, Inkawasi y Cerro del Oro; siguieron a Chincha Alta, Tambo de Mora y La Centinela; y final-

mente, llegaron a Pisco. "Ví poco al doctor Tello durante el resto de aquel día, pues él estuvo en toda la ciudad tomando noticias sobre wakas y cementerios; pero la segunda noche volvió sonriente, porque había encontrado un hombre dispuesto a guiarlo a un lugar donde él dijo que los tejidos finos llegados a Lima fueron encontrados. Esto había ocasionado su demora; yo dudé si podríamos llegar a Paracas. Nuestro carro tenía llantas pequeñas, más anchas que las de bicicleta, y era difícil cruzar el arenal del Sur de Pisco aun con las enormes llantas de hoy. Sin embargo, la fortuna nos favoreció con una fuerte lluvia que endureció la arena e hizo posible guiar hasta el mismo pie de las colinas que contienen los ahora famosos cementerios. Yo recuerdo que el sol se filtró a través de las nubes por pocos momentos, justamente cuando nosotros llegamos, iluminando los fragmentos de tejido de varios colores que habían sido largamente expuestos al aire y que se deshacían al tocarlos. Ni el doctor Tello ni yo mismo nos dimos entonces cuenta de lo que habíamos encontrado, ni podíamos prever que las excavaciones sostenidas en los siguientes años formarían el núcleo del gran Museo que actualmente existe en Magdalena Vieja. En 1925, Paracas era tan difícil de alcanzar que los huaqueros casi no la habían tocado. Nosotros no teníamos noción. Mi principal interés por el momento era el espléndido colorido de los tejidos quebradizos, que sólo se podía mirar pero no transportar. El doctor Tello daba voces y profería exclamaciones por los cráneos deformados, desparramados en la superficie, muchos de los cuales exhibían enormes trepanaciones. Estos cráneos fueron un problema. El doctor Tello necesitaba llevar una colección a Lima. Nuestro auto estaba excesivamente cargado con cuatro personas, sus equipajes y los materiales arqueológicos recogidos en otros lugares. El único sitio libre era afuera y allí atamos las docenas de cráneos, los cuales formaron la primera colección de Paracas".

Obediente a las incitaciones del entusiasmo que le inspirara el descubrimiento, Julio C. Tello consagró los meses siguientes a practicar las excavaciones indispensables para precisar su importancia. Y al fin pudo anunciarlo al mundo científico: primero, en *El Comercio* (Lima, 6-II-1926) y en *La Prensa* (Lima, 7 y 8-VI-1926) y en una comunicación presentada al XXII Congreso Internacional de Americanistas (Roma, setiembre de 1926); y luego, en su libro sobre el *Antiguo Perú* (Lima, 1929). Ya podía calificar la cultura de Paracas como una de las "más adelantadas y más antiguas del litoral". Y declaraba haber comprobado "la existencia de tres culturas distintas, correspondientes a tres períodos sucesivos: la primera representada por Cavernas funerarias como las de Cerro Colorado, cuya antigüedad se remonta a una época anterior a la de la avanzada cultura de Nasca; la segunda por Grandes Necrópolis y restos de poblaciones subterráneas repetidas por casi toda la Península, sucede inmediatamente a la anterior; y la tercera, repre-

sentada por los cementerios de La Puntilla, de la Waka Blanca y otros ubicados en la misma área de las anteriores, corresponde al período último de la cultura local Chincha” (cf. pp. 117-118). Poco tiempo después advirtió las semejanzas de estilo y técnica entre la alfarería de Paracas y ciertos tipos de la alfarería Chavín (cf. *Origen, desarrollo y correlación de las antiguas culturas peruanas*, en *Revista de la Universidad Católica*: N° 10; Lima, IX-1934). Y a la postre estableció que era aquella “una nueva clase de alfarería ornamentada con los mismos motivos, y trabajada con la misma técnica de arte Chavín, aunque con el agregado de nuevos elementos tipológicos que la vinculan genéticamente con la clásica alfarería de Nasca, tales como las formas globulares derivadas de los tipos de lagenas, los golletes tubulares imitando huesos de aves, y la pintura policroma a base de tintes oleosos o resinosos” (cf. *Sobre el descubrimiento de la cultura Chavín en el Perú*, en *Letras*: N° 26; Lima, IX-XII de 1943). Por tanto, la inicial caracterización de la cultura Paracas quedaba superada, y su relación local con la cultura Nazca había trascendido a su ubicación en el horizonte de la cultura Chavín. En efecto: “Con la denominación *Paracas* —nombre del más importante yacimiento arqueológico del Centro Andino— se designa un conjunto de culturas relacionadas entre sí por ciertos caracteres comunes o por caracteres semejantes, como si correspondieran a diversos aspectos de una misma civilización o a las diversas etapas por las que ésta ha pasado en su largo desarrollo...: *Wari o Wanka, Chanka, Chukurpu* y *Rukana* hacia la Sierra; y *Chincha, Paracas* y *Nasca* hacia la Costa” (cf. *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942).

No obstante la sensible falta de una completa caracterización de la cultura Paracas, fué gestándose una apreciable serie de estudios alusivos a hechos muy concretos y particulares. Jean Levillier (*Paracas. A contribution to the study of pre-incaic textiles in ancient Peru*. París, 1928) ensayó la presentación de los vestidos y tocados y, al tratar especialmente sobre la técnica y el estilo artístico de un manto existente en el Museo de Brooklyn, puso cierto énfasis en la interpretación de sus símbolos. Rebeca Carrión Cachot incidió con mayor detenimiento en el mismo tema, al presentar sus observaciones sobre *La indumentaria en la antigua cultura de Paracas* (en *Wira-Kocha*: N° 1; Lima, I-1931); trazó después un cuadro general de la antigüedad y los elementos culturales de la importante civilización, volcando en forma sumaria las observaciones del propio Julio C. Tello y otros investigadores (*Paracas: cultural elements*. Lima, 1949); y expuso *Algunas apreciaciones científicas sobre el fardo de Paracas N° 294* (en *El Comercio*: Lima, 19-VII-1956), que desarrolló en El Salvador. Lile M. O’Neale expuso detenidamente sus observaciones sobre el arte textil; en tres trabajos principales: *The Paracas mantle: the technical features* (1934), *Pequeñas prendas ceremoniales de Paracas* (1935), y *Paracas Cavernas and the Gran*

Necrópolis (Berkeley, 1942). Jorge C. Muelle y Eugenio Yacovleff describieron minuciosamente la constitución y el contenido de *Un fardo funerario de Paracas* (en *Revista del Museo Nacional*: Tomo III, Lima, 1934), y establecieron importantes conclusiones sobre el estilo y las representaciones del arte de la necrópolis. Gustavo A. Fester y José Cruellas estudiaron los *Colorantes de Paracas* (en *Revista del Museo Nacional*: Tomo III; Lima, 1934), y el primero perfeccionó más tarde los resultados de aquella primera exposición sobre la materia, al presentar *Algunos colorantes de una antigua civilización sudamericana* (en *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología*: vol. II; Lima, 1955). Cora E. Stafford abordó el estudio técnico de los tejidos en *Paracas Embroideries* (New York, 1941). Raoul d'Harcourt describió las representaciones de *Un tapis brodé de Paracas* (en *Journal de la Société des Américanistes*: Tomo XXXVII; París, 1948) existente en el Museo Etnográfico de Goteburgo. Henry Wassén estudió *The Föremal fran Paracas* (Goteburgo, 1950). Alfred L. Kroeber estableció la relación entre *Paracas Cavernas and Chavin* (Berkeley, 1953), en atención a las piezas de cerámica halladas en Ocucaje y Paracas, e identificó la influencia del estilo Chavín pero advirtiendo la presencia de rasgos originales. Junius Bird examinó en forma penetrante *Paracas fabrics and Nazca needleworks* (Washington, 1954) en los seiscientos años comprendidos entre el tercer siglo antes de Cristo y el tercero de nuestra era, y precisó la técnica textil, el significado de los dibujos que decoran las telas y el uso de las piezas. Y Jorge C. Muelle ofreció una sobria noticia sobre la gestación del descubrimiento efectuado por Julio C. Tello, para insistir especialmente en *El Arte de Paracas* (en *Fanal*: N° 40; Lima, 1954) como expresión de un modo de vida, una visión del mundo y un estilo estético.

No cabe duda que los trabajos mencionados han contribuido en forma notoria a difundir el conocimiento de los valores culturales de Paracas, y a ubicarlos en el tiempo, tanto como en sus relaciones con otros focos culturales. Pero el material descrito y analizado en ellos es sólo una parte del que legaron los hombres que allí vivieron y crearon, pues si bien "la casi totalidad de los objetos de Paracas, o sea el contenido de 7 Cavernas y 443 fardos funerarios se hallan en el Museo de Antropología", sólo en parte están en exhibición y en parte se encuentran todavía "en los mismos fardos, tal como fueron hallados". Por tanto, era obvio juzgar que todo estudio sobre la cultura de Paracas no sólo sería parcial, sino tentativo o provisorio, en tanto que no fueren conocidos los informes de su descubridor. Y no era posible olvidar sus palabras: "Las memorias, diarios e informes sobre los hallazgos y el proceso de las excavaciones realizadas entre 1925 y 1930 no han sido aún publicados". Ni era posible olvidar que en 1941 había empezado a preparar su publicación, merced a la ayuda del Institute of Andean Research, de Nueva York.

Doce años después de la muerte de Julio C. Tello, ha aparecido la "primera parte" de su magistral obra, gracias a la plausible lealtad de Toribio Mejía Xesspe, quien concurrió al descubrimiento de Paracas —según lo ha recordado en *El Comercio*: Lima, 26 y 27-VIII-1950—, fué obligado auxiliar de las exploraciones y excavaciones emprendidas por el sabio, y recibió su postrer encargo de completar aquel trabajo. Además del citado instituto, han cooperado a ello la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y el Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Y, a decir verdad, la trascendencia de la obra requería un prolijo estudio de los papeles del autor y una excepcional presentación gráfica, para seguir con exactitud el plan y el pensamiento originales, y para destacar la calidad de las piezas arqueológicas exhumadas. De allí el prolongado lapso transcurrido hasta su aparición.

En esta "primera parte" del magistral estudio que Julio C. Tello consagró a Paracas, aparecen únicamente la introducción y los tres capítulos iniciales. Aquella expone los antecedentes y los incidentes de la historia del descubrimiento. Y éstos se refieren: 1º, a la geografía de la región arqueológica del Centro Andino y, especialmente, a los recursos naturales aprovechados por el hombre en la antigüedad; 2º, a la explotación de antigüedades en el Centro Andino y, por tanto, a los tesoros arqueológicos destruidos y exhumados en la región desde la época de la conquista, las excavaciones científicamente conducidas, y la formación de colecciones y museos; y 3º, a la cultura Paracas y sus vinculaciones con otras del Centro Andino, o sea, a los centros de florecimiento y difusión de la cultura estudiada, a las etapas de su desarrollo y a sus caracteres generales. La segunda parte deberá ser preparada a base de las libretas de campo, notas manuscritas y publicaciones del autor, e incluirá dos capítulos: del arte de Paracas, de sus orígenes y sus diversas fases de desarrollo; y de los fundamentos en que se apoya la antigüedad de Paracas y su posición cronológica dentro de las culturas de la Prehistoria peruana.

Las ilustraciones tienen un alto valor gráfico y documental. Son: frontispicio y 93 láminas impresas a todo color, entre las cuales destacan 43 correspondientes al proceso de desenvolvimiento y las principales piezas del fardo funerario N° 451; 143 figuras en negro, en las cuales aparecen las más características representaciones mitológicas, simbólicas y realistas observadas en mantos y ceramios; y 2 mapas. De manera que así se pone al alcance del estudioso una exposición demostrativa de la alta calidad artística y la significación espiritual que se advierten en las creaciones de Paracas.

En conclusión: este libro póstumo de Julio C. Tello es una excepcional contribución al estudio de la arqueología peruana, y una alta expresión de la madurez del pensamiento nacional.

ALBERTO TAURO.